

ÁNGEL CARRERAS \*

## **LA INTUICIÓN DEL «CASTILLO EXTERIOR» DE CHIARA LUBICH Y SU PROCESO DE FORMULACIÓN**

Fecha de recepción: junio 2008.

Fecha de aceptación y versión final: septiembre 2008.

**RESUMEN:** Según algún estudioso, la expresión «Castillo exterior» empleada por Chiara Lubich es totalmente nueva en la historia de la espiritualidad cristiana; aunque su referencia al «Castillo interior» de Santa Teresa es evidente. ¿Cómo y cuándo surge en la obra de esta autora? ¿Qué significado teológico y espiritual tiene?

**PALABRAS CLAVE:** «Castillo exterior», Chiara Lubich, mística, espiritualidad, Santa Teresa, Focolares.

### ***Chiara Lubich's «exterior castle» intuition and its process of formulation***

**ABSTRACT:** According to some experts, the expression «exterior castle», used by Chiara Lubich, is a totally new one in the history of christian spirituality, although it is evident its reference to the «interior castle» of St. Teresa of Avila. ¿How and When does it emerge in the works of this author? ¿What is its theological and spiritual meaning?

**KEY WORDS:** «Exterior castle», Chiara Lubich, mysticism, spirituality, St. Teresa of Avila, Focolare movement.

---

\* Licenciado en teología; angel@idealmail.net

«... gracias sobre todo a las múltiples relaciones de todo tipo establecidas entre las naciones, la familia humana se va reconociendo y constituyendo progresivamente como una única comunidad en todo el mundo» (GS 33).

## INTRODUCCIÓN

El pasado 14 de marzo, Chiara Lubich concluía su «santo viaje» en la tierra. No cabe duda de la relevancia de su persona en la Iglesia actual, al igual que la del Movimiento de los Focolares fundado por ella —que aglutina a varios millones de personas de todas las razas y culturas en 182 países del mundo—, por lo que se justifica un estudio teológico sobre su figura y la de dicho movimiento eclesial, que hasta ahora en las revistas teológicas españolas no ha encontrado lugar.

A dicha relevancia se une el hecho de que la espiritualidad que Chiara propone a sus seguidores ha sido definida —no sólo por ella misma, sino también por muchos teólogos y exponentes del Magisterio— como una espiritualidad «comunitaria», «colectiva», una «espiritualidad de la unidad», que no es otra cosa que una «espiritualidad de comunión», en plena sintonía con la que la Iglesia de hoy propugna<sup>1</sup>. Por tanto, el estu-

---

<sup>1</sup> Si recordamos el camino de autocomprensión de la Iglesia en el último siglo, vemos que se ha ido centrando siempre en torno al eje aglutinador de «comunión»: desde la idea de «Cuerpo de Cristo», a la de «Sacramento» y, finalmente, en el Vaticano II, la de «Pueblo de Dios» (cf. F. CIARDI, *Koinonia, itinerario teologico-spirituale della comunità religiosa*, Roma 1992, 9-10, y también J. RATZINGER, *Conferencia sobre la Eclesiología de la «Lumen Gentium»*, pronunciada en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, organizado por el Comité para el Gran Jubileo del año 2000, 27.02.2000, en: [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20000227\\_ratzinger-lumen-gentium\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20000227_ratzinger-lumen-gentium_sp.html)). Por ello, el Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985 afirmará que la «eclesiología de comunión» «es la idea central y fundamental en los documentos del Concilio» (*Relatio finalis*, II, C. 1, citado por F. CIARDI, o.c., 10).

El documento *Notio Communis* de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 28 de mayo de 1992 —emitido con la intención de aclarar bien el término «eclesiología de comunión»— en su primer párrafo declara que «el concepto de comunión (koinonia) [...] es muy adecuado para expresar el núcleo profundo del Misterio de la iglesia».

Lógicamente una tal eclesiología debía tener su reflejo en la praxis cristiana, por lo cual en la década de los noventa del pasado siglo se abrió paso la evidencia de que

dio de dicha «espiritualidad de la unidad» es un tema de total actualidad para la Teología Espiritual.

Un estudio exhaustivo de ello requeriría no un artículo, sino diversos volúmenes, por lo que el objetivo de este artículo es describir sintéticamente lo que podríamos considerar el ápice del camino espiritual que Chiara propone en su «espiritualidad de la unidad»: el «Castillo exterior».

Tras conocer la obra de santa Teresa de Jesús, a comienzos de los años 60, cuya espiritualidad se centra en alcanzar la unión con «su Majestad» en el recinto más interno de lo que Teresa define como el «Castillo interior» del alma, Chiara Lubich queda fascinada por la radicalidad de la santa y por la coincidencia de los efectos que en el alma produce, según Teresa, la entrada en dicho Castillo y los sucesivos pasos hacia las moradas más interiores, con los frutos que ella observa en la vida de aquellas personas que intentan vivir la «espiritualidad de la unidad». Por ello, consciente de la especificidad de su camino que, en cambio, tiende al encuentro con Jesús presente en medio de aquellos que se ponen de acuerdo para vivir unidos en su nombre, según Mt 18,20, ella define la culminación de su experiencia como la construcción del «Castillo exterior», hasta la plena unidad con los hermanos en la realidad del Cuerpo místico de Cristo, en el que todos estamos injertados.

«Castillo exterior» no es una idea germinal de la que han ido brotando después los demás elementos de la «espiritualidad de la unidad», sino más bien una idea-símbolo-síntesis, en la que Chiara ha ido viendo la mejor expresión de todo su carisma y de la espiritualidad que nace de él.

---

para vivir auténticamente la vida cristiana es necesario hacerlo «en comunión», con la consiguiente llamada, tanto de teólogos [«La persona no es pura interioridad ni individualidad, sino ser-en-relación hasta el punto de no poderse realizar fuera de la comunidad. De lo que se sigue la descalificación de una espiritualidad abstracta, intimista, individualista, evasiva de los deberes humanos e históricos» (S. DE FIORES, *La «Nuova» Spiritualità*, Roma 1995, 19, citado por G. ROSSÉ, *La spiritualità di comunione negli scritti giovannei*, Roma 1996, 5)], como del mismo Magisterio a vivir según una «espiritualidad de comunión».

En diferentes ocasiones Juan Pablo II exhortó a promover una tal espiritualidad, como por ejemplo en sus Exhortaciones Apostólicas Postsinodales *Vita Consecrata* (cf. n.46, 50 y 51) y *Ecclesia in America* (cf. n.40 y 44), e igualmente en su Carta Apostólica *Novo Millennio ineunte* (cf. n.43), en la que propone dicha espiritualidad en función de conseguir el «alto grado de la vida cristiana ordinaria» (n.31), la santidad, que el mismo documento propone (cf. n.30).

Por otra parte, también sucedió así en el caso del «Castillo interior» de Santa Teresa.

Como podremos ver, en esta experiencia espiritual de «construcción» del «Castillo exterior», por decirlo de alguna manera, si bien inexacta, se desplaza el centro de la interioridad del individuo a la interioridad del mismo Dios, la cual se alcanza sólo en la *kénosis* del propio yo, que sale de sí mismo hacia el hermano, momento en que, si el hermano corresponde con la reciprocidad, se establece la presencia de Jesús entre ambos, y es en la «interioridad» de Jesús donde las propias almas pasan a establecer su demora. Se tiende, por decirlo de alguna manera, a vivir en la tierra al estilo de la Trinidad.

El siguiente texto de Chiara Lubich sintetiza cuanto se quiere expresar en el presente artículo:

«Los fieles que aspiran a la perfección normalmente tratan de unirse a Dios presente en su corazón.

Están como en un gran jardín florecido y miran y admiran una sola flor. La miran con amor en sus detalles y en su conjunto, pero no suelen mirar a las otras flores.

Dios —por la espiritualidad colectiva que nos ha donado— nos pide que miremos a todas las flores porque en todas está Él, y de este modo, observándolas todas, lo amamos más a Él que a cada una de las flores.

Dios, que está en mí y que ha plasmado mi alma, en la que reposa en Trinidad, está también en el corazón de los hermanos.

Por eso, no basta que yo lo ame sólo en mí. Si actúo así, mi amor tiene todavía algo personal y, en virtud de la espiritualidad colectiva que he sido llamada a vivir, algo de tendencia egoísta: amo a Dios en mí y no a Dios en Dios, cuando la perfección es ésta: Dios en Dios.

De modo que mi celda, como dicen las almas íntimas de Dios, y mi cielo, como decimos nosotros, está en mí y, como en mí, en el alma de los hermanos. Y así como lo amo en mí, recogíendome en mi propio cielo —cuando estoy sola—, lo amo en el hermano cuando está junto a mí.

Y entonces no amo sólo el silencio, sino también la palabra, es decir, la comunicación del Dios en mí con el Dios en el hermano. Y si los dos Cielos se encuentran, allí hay una sola Trinidad, donde los dos están como Padre e Hijo y entre ellos está el Espíritu Santo»<sup>2</sup>.

A lo largo de las décadas de los años 20, 30 y 40 del pasado siglo, fueron dándose en Chiara Lubich las diferentes intuiciones que iban defi-

<sup>2</sup> *Mirar a todas las flores*, en C. LUBICH, *La doctrina espiritual*, Madrid 2002, 77-78.

niendo paulatinamente las grandes líneas espirituales que conformarían la llamada «espiritualidad de la unidad», con un marcado acento cristológico: el amor a Jesús Eucaristía, ya presente en la niñez de Chiara; la fascinación por la Verdad y el consiguiente «encuentro» con Jesús Maestro, la Verdad encarnada; la atracción por las Escrituras y el deseo de traducir en vida concreta cada una de las Palabras<sup>3</sup> que se iban iluminando a sus ojos (Jesús en la Palabra y Jesús Vida); el descubrimiento de Dios como Amor (Jesús encarnación del Amor trinitario); el empuje a vivir constantemente la voluntad de Dios (Jesús Camino, ejemplo máximo del amor a la voluntad del Padre), escuchando su voz (Jesús que habita dentro de la propia persona)<sup>4</sup> en cada momento presente de la vida como respuesta a ese Amor; el ansia por transmitir ese amor a todos los prójimos, descubriendo en cada uno la presencia de Jesús (Jesús en el hermano); la determinación a vivir con sus primeras compañeras ante todo el Mandamiento Nuevo de Jesús: el amor recíproco; la subsiguiente experiencia de la presencia de Jesús en medio de ellas, fruto de ese amor, y el pacto para que tal presencia fuese constante en sus vidas; el descubrimiento de Jesús crucificado y abandonado como la llave que permite generar o renovar siempre dicha presencia, y la resolución de elegirlo como único esposo de sus vidas; la especial sintonía con la oración de Jesús al Padre por la unidad, y la consciencia de haber sido creadas para hacer de ella la finalidad de sus existencias; la total disponibilidad a reconocer la voluntad de Dios en los mandatos, o incluso en las simples indicaciones, de los Pastores de la Iglesia, convencidas de que las palabras de Jesús: «El que os escucha a vosotros, me escucha a mí» (Lc 10,16a) revelan claramente que Jesús está también particularmente presente en ellos (Jesús en la Jerarquía).

Todo esto no fue resultado de una reflexión y posterior puesta en práctica de la misma, sino que, más bien al contrario, fue la vida sencilla, pero radical, de la Palabra de Dios la que iba iluminando y haciendo comprender a Chiara y sus primeras compañeras y compañeros cuáles eran

---

<sup>3</sup> En el lenguaje del movimiento, cuando se hace referencia a las Escrituras, se entiende por «Palabra» una frase o una entera perícopa de éstas con sentido completo en sí mismas. Ej.: «Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20); «Que todos sean uno» (Jn 17,21a); «Dad y se os dará» (Lc 6,38a).

<sup>4</sup> También es signo de dicha presencia en el interior de cada uno, la repetida experiencia de que tras un día de vida evangélica entregada constantemente al amor al hermano y, por él, a Dios, se percibe una plenitud de presencia de Dios en el interior del alma.

las líneas de vida que Dios había pensado para ellos y cuantos siguieran sus pasos.

En este artículo, me propongo exponer la realidad del denominado «Castillo exterior», tal como se fue configurando en la espiritualidad de la unidad a partir de la vida. En un primer punto se verá que en 1950 aparece por primera vez este término en los escritos de Chiara Lubich, aunque de modo simplemente terminológico y pasajero, y que será fundamentalmente en los años 1961 y 1962 cuando Chiara hable de él con mayor detenimiento. Y expondré cuál era el momento histórico que el Movimiento estaba atravesando en dichos años, el descubrimiento como novedad para Chiara de los escritos de santa Teresa de Jesús, y su relación con la acuñación del término «Castillo exterior».

## 1. GÉNESIS Y CONTEXTO HISTÓRICO DE LA EXPRESIÓN «CASTILLO EXTERIOR»

Tiene fecha de 8 de noviembre de 1950 el escrito de Chiara Lubich en que aparece por primera vez el término «Castillo exterior». En él se puede leer: «Es admirable el designio de Dios: este Reino de los cielos, este *Castillo exterior*<sup>5</sup> en el que Dios está entre nosotros»<sup>6</sup>.

Según el P. Jesús Castellano Cervera, o.c.d., de reconocido prestigio en el ámbito de la Teología Espiritual<sup>7</sup>, y uno de los estudiosos que con mayor profundidad ha conocido la obra de Chiara Lubich, dicho término, «“Castillo exterior” es una expresión totalmente nueva en la historia de la espiritualidad cristiana; sin duda hace referencia al “Castillo inte-

<sup>5</sup> La cursiva es mía.

<sup>6</sup> Escrito inédito de Chiara, citado por J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*: Unità e Carismi 15 (2005) 2, 10.

<sup>7</sup> El padre Castellano era consultor en el Vaticano de la Congregación para la Doctrina de la Fe, de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, también consultor del Pontificio Consejo para los Laicos, consultor de la Oficina para las Ceremonias Litúrgicas Pontificias, donde era un estrecho colaborador del arzobispo Piero Marini, y miembro del Pontificio Comité para los Congresos Eucarísticos Internacionales. Por dos mandatos consecutivos había sido Decano de la Facultad de Teología del Pontificio Instituto «Teresianum» de Roma. Era uno de los principales especialistas en Liturgia y Espiritualidad. El P. Jesús Castellano Cervera falleció repentinamente en Roma el 15 de junio (día del Corpus Christi) de 2006.

rior” de Santa Teresa, pero trae consigo una novedad que nace de la experiencia colectiva de la espiritualidad de la unidad, vivida por Chiara y toda la Obra de María»<sup>8</sup>.

A este respecto, es decir, a la similitud de la imagen usada en ese texto de 1950 por Chiara Lubich y la que ya desde el siglo XVI había sido consagrada por Teresa en la espiritualidad de la Iglesia, la misma Chiara anotaría años después:

«Aquí... ya aparece la idea del castillo exterior, como prefigurando la realidad de la Obra, donde Cristo está presente y la ilumina en todas sus partes. Probablemente entonces ya conocía yo algo sobre la doctrina del *Castillo interior* de Santa Teresa de Ávila, pero aquí no pretendo hacer ningún parangón con ella»<sup>9</sup>.

Así pues, podemos deducir dos cosas de lo dicho. La primera es la novedad absoluta que en el lenguaje espiritual representa la imagen «Castillo exterior», y que la misma aflora por vez primera en 1950. La segunda es que, en ese momento, a pesar de la coincidencia en el término «castillo», Chiara no tenía presente la terminología de Teresa, ni mucho menos pretendía imitarla.

Conviene hacer presente aquí que el arco de los años comprendido entre 1949 y 1951 representó un período totalmente particular y decisivo en la configuración de la espiritualidad de la unidad, a raíz de la extraordinaria y luminosa experiencia mística colectiva vivida entonces por Chiara y sus primeros compañeros<sup>10</sup>. En ese período Chiara toma conciencia de que el carisma que Dios ha depositado en ella supone una auténtica novedad en la espiritualidad de la Iglesia, y que el Espíritu Santo le ha hecho semejante don, no sólo para quienes la sigan como miembros del movimiento nacido a su alrededor, sino además, por un lado, para renovar la entera espiritualidad cristiana, que ha de irse orientando decisivamente hacia lo que más tarde el Magisterio definiría como «espiritualidad de comunión», y, por otro, como una fuente de renovación para la sociedad entera. En el texto siguiente podemos ver expresado claramente cuanto acabamos de decir:

<sup>8</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 10.

<sup>9</sup> Nota personal de Chiara al texto, citado por J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 10-11.

<sup>10</sup> Cf. J. GALLAGHER, *La obra de una mujer: Chiara Lubich. El Movimiento de los Focolares y su fundadora*, Buenos Aires 1998, 98-102; E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, *Un pueblo nacido del Evangelio. Chiara Lubich y los Focolares*, Madrid 2005, 98-99.

«Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, habla de un “castillo interior”: la realidad del alma habitada en el centro por Su Majestad, que hay que descubrir y debe iluminarlo todo durante la vida superando las distintas pruebas. Ésta es una cima de santidad en un camino sobre todo individual, aunque luego ella arrastraba a esta experiencia a todas sus hijas.

Pero ha llegado el momento, a nuestro parecer, de descubrir, iluminar y edificar, además del “castillo interior”, también el “castillo exterior”.

Nosotros vemos todo el Movimiento como un “castillo exterior”, donde Cristo está presente e ilumina todas sus partes, del centro a la periferia.

Pero si tenemos en cuenta que esta nueva espiritualidad que Dios ofrece a la Iglesia llega incluso a responsables de la sociedad y de la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace un “castillo exterior” sólo de nuestra Obra, sino que tiende a hacerlo con el tejido social y eclesial»<sup>11</sup>.

Hasta aquí el alcance que, en principio, podemos dar al texto de 1950 y a la nota posterior en que Chiara lo comenta.

Pero, si bien Chiara dice en la citada nota que posiblemente ya entonces conocía algo de la doctrina del «Castillo interior» de Teresa, sin embargo cuando ese conocimiento tiene lugar realmente en profundidad es en el año 1961. Las cosas sucedieron como diré a continuación.

### 1.1. 1961: AÑO DEL «ENCUENTRO» DE CHIARA CON TERESA

En la primavera de dicho año, Chiara tenía previsto realizar un largo viaje a América junto a Pascual Foresi<sup>12</sup>, entonces Asistente eclesiástico

<sup>11</sup> *Una espiritualidad de comunión*, en C. LUBICH, *La doctrina espiritual*, o.c., 75-76.

<sup>12</sup> Pasquale Foresi, nacido en Pistoia (Italia) en 1929, conoció personalmente a Chiara en 1949, y es el primer focolarino que fue ordenado sacerdote, en 1954. En el ámbito del movimiento es conocido como «don Foresi». Chiara lo consideró desde que lo conoció como su más estrecho colaborador para «encarnar» la luz del carisma de la unidad en obras concretas, un cofundador con ella de la Obra de María. De hecho, muy al principio de haberlo conocido, un día le dijo: «Yo estudiaré teología en ti». Gracias a don Foresi han nacido en el movimiento, además del Centro de estudios del mismo, realidades como la revista *Città Nuova* y todas sus ediciones mundiales, las editoriales, las Mariápolis permanentes, los centros Mariápolis, y un largo etcétera. Es Licenciado en Filosofía y Teología por la Universidad Gregoriana de Roma y Doctor en Teología por la Universidad Lateranense. Tiene publicados diversos libros de teología y espiri-

del movimiento, a fin de visitar todas las comunidades del mismo presentes en el Nuevo Continente, que en pocos años ya florecían desde Estados Unidos hasta Argentina. Sin embargo, inesperados problemas en la salud de Chiara impidieron que ese proyecto se realizase, al menos en su totalidad. Se decidió acortar el viaje de Chiara, por lo que don Foresi emprendió solo el viaje hacia América del Norte, y acordaron encontrarse posteriormente en Brasil. Así pues, Chiara visitaría únicamente a los miembros del movimiento de la América meridional.

Cuando le llegó a Chiara el momento de emprender su viaje, Bruna Tomasi, una de sus primeras compañeras, encargada del aspecto del estudio en el movimiento, le regaló un volumen con las obras completas de santa Teresa, a fin de que pudiese leerlo durante el viaje. Regresando comenzó a leerlo y ella misma cuenta a continuación los efectos que esta lectura le produjo:

«Al regresar, [...] en un determinado momento comencé a leerlo. Y fue una experiencia grandiosa para mí, verdaderamente. [...] fue maravilloso encontrar esto: que yendo por nuestro camino, que parece el opuesto, en vez de estar encerradas dentro como en estricta clausura, [...] como lo están ellas, [nosotros] lanzados en medio del mundo [...] en medio de todos los peligros, en medio de todas las cosas, vi por lo poco que conozco de las almas de algunas y de algunos, [...] que los efectos de la unión con Dios son idénticos, idénticos en un modo espeznante.

Y esto produjo en mí dos efectos: el primero, tener una consideración de mi ideal como nunca lo había tenido, hasta tal punto que decía a los nuestros [...]: dos cosas me confirman que la Obra es de Dios, la primera que la Iglesia aún no la ha disuelto y por tanto hay esperanza de que diga claramente que es Obra de Dios; según S. Teresa de Ávila. Porque es demasiado evidente [...] la identidad de los efectos, no de las causas, porque las causas son distintas: nosotros en medio del mundo, los otros enclaustrados. Demasiado evidente. Y esto nos confirma que estamos en el camino de Dios»<sup>13</sup>.

Existe un texto publicado que recoge esta misma experiencia, y añade algún otro detalle de importancia al anterior; es muy posterior y corres-

---

tualidad. Para conocer más acerca de Pasquale Foresi, cf. J. GALLAGHER, o.c., 90-95; E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, o.c., 75-78.

<sup>13</sup> C. LUBICH, *Chiara alle interne e interne sposate. Risposte alle domande*, Grottaferrata, 29.8.1961, *pro manuscrito* inédito de la transcripción de la grabación magnetofónica. La traducción de éste como de todos los demás textos inéditos que cite es mía.

ponde a un discurso pronunciado por Chiara en un encuentro ecuménico católico-ortodoxo organizado por el movimiento en Rocca di Papa (Roma) el año 1971:

«En el año 1961 [...], leyendo los libros espirituales de la gran contemplativa española Teresa de Jesús, pudimos aprender que la vida del alma, lo mismo que la del cuerpo pasa por distintas edades, por diferentes etapas con características específicas, con pruebas de Dios bien precisas, y con efectos típicos después de haber superado cada prueba.

Pues bien, con enorme sorpresa y maravilla, conociendo la vida espiritual de los miembros del Movimiento, observamos que también ellos, viviendo la espiritualidad evangélica de la unidad, atravesaban las mismas etapas, pruebas análogas y experimentaban efectos a menudo idénticos a los descritos por Teresa de Jesús. A pesar de que el nuestro es un camino que se lleva a cabo en medio del mundo y el de Teresa en un convento, el crecimiento de la vida del alma era análogo en ambos. Esta constatación nos maravilló, nos llenó de gratitud y nos empujó a continuar con empeño creciente el camino que estábamos recorriendo»<sup>14</sup>.

Ambos textos son de una importancia fundamental para poder entender correctamente lo que la lectura de los escritos de Teresa produjo en Chiara.

En el primero aparece un detalle que ya en el segundo no está presente: Chiara hace referencia a la aprobación de la Obra de María por parte de la Iglesia: «Dos cosas me confirman que la Obra es de Dios, la primera que la Iglesia aún no la ha disuelto y por tanto hay esperanza de que diga claramente que es Obra de Dios». Y en esto conviene que nos detengamos, porque tal referencia contextualiza y da la clave de lectura para comprender mejor la «exultación» que la lectura de Teresa produce en Chiara.

## 1.2. CONTEXTO HISTÓRICO DEL MOVIMIENTO EN LOS AÑOS 1961-1962

El año 1961 el Movimiento estaba pasando un momento muy delicado. Parecía inminente la publicación del decreto de disolución del mismo por parte de la Iglesia. Durante los años cincuenta, eran muchos los obispos italianos que desconfiaban de la recta doctrina del movimiento: en

<sup>14</sup> De un discurso de Chiara al encuentro ecuménico católico-ortodoxo en Rocca di Papa (15.6.1971), citado en: C. LUBICH, *Cristo a través de los siglos. El Evangelio encarnado por los santos. Textos elegidos y presentados por Fabio Ciardi*, Madrid 1995, 197.

éste hablaban de «unidad» y ponían sus bienes en común —y esto rozaba la doctrina comunista—, y además se declaraban entusiastas de las Sagradas Escrituras —y esto hacía sospechar en una tendencia «filo-protestante»—. Por otro lado, esa relación tan estrecha entre hombres y mujeres, en su mayoría aún bastante jóvenes, provocaba las lógicas habladurías... En definitiva, el movimiento naciente «se salía de los cánones tradicionales de las asociaciones laicales y, por su novedad, suscitaba no pocas preocupaciones pastorales y doctrinales en algunos prelados»<sup>15</sup>. Por tal motivo, Chiara había sido requerida en diversas ocasiones a comparecer ante el «Santo Oficio», a fin de responder a las acusaciones que habían llegado a ese dicasterio en el sentido expuesto. En diversas ocasiones se les había presentado tanto a Pío XII como a Juan XXIII dicho decreto de disolución, pero siempre uno y otro Pontífices rechazaron firmarlo y animaron a insistir en el «estudio» del movimiento y su doctrina.

Quien mantuvo en todo momento una confianza absoluta en Chiara y en el Movimiento de los Focolares fue el Arzobispo de Trento, Mons. Carlo De Ferrari, el cual —hastiado de las acusaciones contra los «focolares» que llegaban a él— publicó el 12 de septiembre de 1956 una declaración al respecto que, como podemos leer a continuación, por el tono empleado, era por su parte evidentemente definitiva:

«¡A cualquier persona!

Lo que yo pienso de los FOCOLARES se dice en dos palabras. Los he visto nacer en mi diócesis y los he considerado siempre un grupo excepcional de almas límpidas, que, con sus vidas, edificantes en todo sentido, con su espíritu genuino de caridad y con su ardiente apostolado, ofrecen la prueba demostrada de que en este pobre mundo «encaminado a la ruina» aún hay cristianos capaces de conquistar las cimas más arduas de la virtud, las más avanzadas trincheras del bien.

Los observo desde hace doce años, vigilante y atento, y no sólo no he hallado nunca motivo de reprobación, sino que siempre he encontrado motivo, el más amplio y pleno, de consuelo y alegría, como raramente me ha sucedido en más de 50 años de ministerio pastoral. Lo he dicho, lo he escrito en otra ocasión y lo repito: ¡OJALÁ FUERAN LEGIÓN LOS FOCOLARINOS!»<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, o.c., 100.

<sup>16</sup> C. LUBICH, *El grito*, Madrid 2000, 64-65, y J. GALLAGHER, o.c., 116. Para todo lo referente al período de suspensión previo a la aprobación del movimiento por parte de la Iglesia, cf. Ib., 105-117; C. LUBICH, *El grito*, o.c., 63-77, y E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, o.c., 100-104.

El tono empleado por Mons. De Ferrari hace intuir por sí mismo hasta qué punto llegaban el número y el contenido de las acusaciones y denuncias contra el movimiento.

En cualquier caso, aun reconociendo el inmenso dolor que esta situación, que se prolongó por más de un decenio, provocaba tanto en ella como en todos cuantos la seguían, sorprende cómo Chiara ha considerado siempre esos años, como un «período bendito». Y cómo su confianza en la Iglesia fue siempre absoluta, hasta el punto que «varias veces llegó a decir a los más íntimos que si se hubiera llegado a disolver el Movimiento, todos habrían obedecido esa decisión»<sup>17</sup>. Esto, lógicamente, no puede ser sino fruto de una mirada sobrenatural sobre dichos acontecimientos. Mirada que le viene de la pasión que arde en su corazón por Aquel que ella ha escogido como único esposo de su alma, y que le hace verlos «con los ojos de Dios»<sup>18</sup>, tal como nos lo demuestran las siguientes palabras que ella misma dice al respecto, en las que lo que pone de relieve son los frutos que nacieron en ese período de dolor:

«Fue un período de sufrimiento para nosotros [...] Hasta que recibimos la aprobación oficial del Papa, pasamos por un período de suspenso, incertidumbre y abandono.

Muchos factores empezaron a destacarse para nosotros durante aquellos años. Primero de todo, un profundo amor por Jesús crucificado y abandonado, que siempre nos sostuvo. Lo habíamos elegido a él y ahora él se daba a conocer en gran estilo. Fue una oportunidad para probar nuestro genuino amor por él. Y también estaba nuestra firme convicción en la maternidad de la Iglesia que tiene que venir hacia nosotros directamente desde el Cielo. Finalmente, fue un período de frutos extraordinarios. El Movimiento, que ya se había expandido a distintas partes de Europa, ahora comenzaba a llegar a otros continentes. Vimos el comienzo de su obra ecuménica y su penetración inicial en países detrás de la Cortina de Hierro para ayudar a la Iglesia en Europa Oriental. Fue un tiempo de bendiciones, inmensas bendiciones: “Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24)»<sup>19</sup>.

Siguen la misma línea estos dos comentarios suyos referentes también a los frutos positivos resultantes de la prueba que estaban

<sup>17</sup> E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, o.c., 102.

<sup>18</sup> Chiara ha definido en diferentes ocasiones a Jesús abandonado y crucificado como la «pupila» de Dios. Cf., por ejemplo, C. LUBICH, *El grito*, o.c., 136.

<sup>19</sup> J. GALLAGHER, o.c., 117.

atravesando durante esa «etapa paradójica, de desarrollo y de sufrimiento»<sup>20</sup>:

«Y si no hubiera existido [la prueba, n.d.r.] no habríamos tenido el equilibrio necesario para desarrollar una Obra de Dios. Y es que el dolor es un medio del cual se sirve Dios para quitarle al orgullo y al amor propio su virulencia, y permitir que sólo Dios obre en nosotros»<sup>21</sup>.

«La Iglesia de Roma, con su experiencia y sabiduría secular, estudiaba paternalmente al nuevo Movimiento.

Felicidad, descubrimientos, gracias, conquistas. Esto es, sin lugar a dudas, Evangelio. Pero, desde el principio se comprendió que todo tiene otra cara, que el árbol tiene sus raíces. El Evangelio te cubre de amor, pero lo exige todo.

“Si alguno quiere venir en pos de mí —dice Jesús—, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Mt 16,24). Así pues, dolor.

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere —continúa Jesús—, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). Así pues, morir.

“Todo sarmiento... que da fruto —dice también Jesús— [el Padre] lo poda para que dé más fruto” (Jn 15,2). También dolor.

Y dolor, bajo mil maneras, ha experimentado esta Obra, como consecuencia del Evangelio vivido, como providencial necesidad para la purificación de sus miembros. Pero, con la gracia de Dios, cada uno ha sabido amar el dolor adoptando las palabras de Pablo: “No conozco sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1Cor 2,2)”<sup>22</sup>.

Pero esta actitud ante dicha prueba no es sólo la que Chiara tiene «a toro pasado» —permítaseme el españolismo taurino—, sino que ésa misma es la que ya tenía incluso durante los momentos en que la «tormenta» arreciaba con mayor energía. Leamos lo que dice en una carta dirigida a todos los focolarinos el año 1956:

«Mirad: los focolarinos tenemos una gran cruz. Cuando entramos en el focolar dijimos que elegíamos a Jesús abandonado, y Él se ha presentado.

Sabemos que somos amados por Dios, quizá predilectos entre muchos; sabemos que estamos en el corazón de la Iglesia, pero sobre nosotros pesa una sombra, como ya sabéis.

<sup>20</sup> E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, o.c., 103.

<sup>21</sup> C. LUBICH, *El grito*, o.c., 80.

<sup>22</sup> C. LUBICH, *Mi testimonio de vida y de fe*, en C. LUBICH, *Escritos espirituales/1. El atractivo de nuestro tiempo*, Madrid 1995, 16-17.

Jesús no podía permitir un dolor más adecuado para nosotros, que seguimos a Jesús abandonado...

[Pero] lo sabemos: la vida se paga; la vida, que a través de nosotros llega a tantas almas, se produce con la muerte. *Sólo pasando por el hielo se llega al incendio.*

[...] Abracemos con fuerza a nuestro Jesús abandonado y no cedamos por nada. [...] Él es nuestro secreto, el secreto de la salvación de muchos hombres.

A los demás, especialmente a través de la Obra, a la que debemos servir con plena dedicación y celo ardentísimo, démosles la alegría purísima que nace de este dolor constantemente deseado, la luz que brilla de esta tiniebla, la rosa florecida de esta espina.

Ésta es nuestra vocación»<sup>23</sup>.

Ahora podemos entender el gozo de Chiara al descubrir, justo cuando se encontraba en el momento álgido de ese período, en los escritos de una Santa de la categoría de Teresa de Jesús, venerada por la Iglesia como una de sus hijas predilectas, que los frutos que se producían en el alma de aquellos que se iban adentrando en las diferentes moradas del «Castillo interior» eran «idénticos» a los que se producían en quienes seguían la vida evangélica basada en la «espiritualidad de la unidad». Y tan fuerte fue esta experiencia para Chiara que, desde el verano de 1961 hasta el verano de 1962, prácticamente no hubo conversación o tema en el que ella no hablase de Teresa y del «Castillo exterior».

Porque, si se producían frutos de santidad, entonces no había duda de que el movimiento era obra de Dios y que, tarde o temprano, la Iglesia, que es madre, reconocería en él a un hijo de su seno.

En las palabras siguientes, hablando nuevamente de ese período de «prueba», Chiara hace otra referencia, desde un nuevo punto de vista, respecto a su paralelismo con Teresa:

«El período que sigue se puede comparar con una sucesión de dolores, semejantes a los que preceden al nacimiento de una criatura, ecos parciales del grito de Jesús.

En aquel tiempo nos sirvió de consuelo conocer a fondo a santa Teresa de Jesús. Antes de la aprobación de su Obra, el Señor había permitido que temiera muchas veces la supresión de la misma. Y cuando llegó la noticia de la aprobación —dice la historia—, la santa pareció muy rejuvenecida.

<sup>23</sup> C. LUBICH, *El grito*, o.c., 75-76.

Lo mismo para nosotros. Aquellos dolores tenían siempre un único motivo de fondo: el temor a la disolución de la Obra. Lo cual habría tenido que convencer a nuestra mente y a nuestro corazón de que la nuestra no era Obra de Dios, sino obra humana: exactamente como Jesús, que en el abandono parece *sólo hombre*. Pero ¿cómo podíamos pensarlo?

Jesús había muerto, pero también había resucitado.  
Pero entretanto sufríamos»<sup>24</sup>.

Conmueve pensar que en sus últimas palabras Teresa expresara su gozo de morir «hija de la Iglesia»<sup>25</sup>, y que Chiara gracias a ella haya recibido la confirmación interior de saberse a sí misma, y a la obra por ella fundada, también «hijas de la Iglesia»<sup>26</sup>.

El 23 de marzo de 1962, Juan XXIII aprobaba oficial y públicamente el Movimiento de los Focolares<sup>27</sup>. Las palabras que siguen revelan aún más la actitud de alma con que Chiara vivió todas esas circunstancias:

«Dios guiaba a la Iglesia y la iluminaba para no dejarnos en el abandono. Él había sido su fundador y el arquitecto de la maravillosa Obra que debía nacer, y la había alimentado con su Espíritu. Había sido forjada únicamente por Él.

Y cuando la vio espléndida, cuando la vio completa en sus partes esenciales, llegó la hora del nacimiento, el 23 de marzo de 1962, no sin el dolor que éste comporta»<sup>28</sup>.

### 1.3. TERESA SEÑALA A CHIARA QUE SU NUEVO CAMINO CONDUCE A LA SANTIDAD

Una vez explicado el contexto histórico del movimiento en los años 1961 y 1962, sólo unas palabras sobre esa «espeluznante»<sup>29</sup> identidad de efectos espirituales a la que Chiara hace referencia.

Ante todo, lo primero que ella hace presente es que, si bien se da esa identidad, sin embargo los caminos seguidos por una y otra espirituali-

<sup>24</sup> Ib., 81-82.

<sup>25</sup> Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas. Edición manual* (BAC 212), Madrid 1997, 14.29.

<sup>26</sup> Cf. C. LUBICH, *Hombres al servicio de todos*, Madrid 1978, donde se pone de relieve de modo muy explícito, la verdadera «pasión por la Iglesia», que late desde siempre en el corazón de Chiara.

<sup>27</sup> Cf. las circunstancias que rodearon dicha aprobación en C. LUBICH, *El grito*, o.c., 83-85.

<sup>28</sup> Ib., 84-85.

<sup>29</sup> Cf. *supra* escrito citado en p.8, nota 13.

dades son completamente distintos, es más, como dice la misma Chiara, parecen «opuestos»: el camino de Teresa exige «clausura estrecha», mientras el de Chiara exige estar «lanzados en medio del mundo». Parecería, por tanto, que el itinerario que propone la espiritualidad de la unidad, lanzándose en medio de los hombres, prescindiera de buscar la unión con Dios a la que conduce el camino contemplativo de Teresa. Sin embargo, si leemos el siguiente pensamiento espiritual de Chiara, esa aparente disonancia queda resuelta:

«He aquí lo más fascinante  
de nuestro tiempo:  
penetrar en la más alta contemplación  
y permanecer mezclado con todos,  
hombre entre los hombres.  
Diría aún más: perderse en la muchedumbre  
para impregnarla de lo divino,  
como se empapa un trozo de pan en vino.  
Diría aún más:  
siendo partícipes de los designios de Dios  
sobre la humanidad,  
trazar en la multitud estelas de luz  
y, al mismo tiempo, compartir con el prójimo  
la injuria, el hambre, los golpes,  
las breves alegrías.  
Porque lo fascinante de nuestro tiempo,  
como de todos los tiempos,  
es lo más humano y lo más divino  
que se pueda pensar:  
Jesús y María:  
el Verbo de Dios, hijo de un carpintero;  
la Sede de la Sabiduría, ama de casa»<sup>30</sup>.

En esta «meditación» Chiara deja bien claras dos cosas: la primera es que su vocación, al igual que la de Teresa, busca la contemplación, pero la «más alta contemplación», la de Jesús y la de María; la segunda es que su encuentro con Dios se debe producir «codo a codo con los hombres», es decir, en medio de la gente, es más, de la «muchedumbre», pero para hacer que también ésta quede «empapada» de ese «divino» en el que se quiere penetrar y vivir, y para ser partícipe de todas las realidades humanas en que el prójimo se halle sumergido: «injuria, hambre, golpes, las

<sup>30</sup> C. LUBICH, *Meditaciones*, Madrid 2006, 11-12.

breves alegrías», proyectando sobre ellas la luz que hace ver todas esas realidades desde Dios.

Podríamos encontrar aquí un paralelismo entre la cristología soteriológica y lo que Chiara se siente llamada a realizar. El Verbo se abajó a nuestra condición humana «despojándose de su condición divina» (cf. Flp 2,5-11), como dice Pablo, pero para elevar a la humanidad a su misma condición: la divinidad (cf. Jn 1,12). Chiara, sintiéndose con quienes siguen su camino «partícipe del designio de Dios sobre la humanidad», quiere participar de todas las realidades humanas, prefiriendo las más duras y dolorosas, pero para que todos los hombres compartan con ella la realidad divina que le inunda el alma.

Y así, Chiara observó que «el crecimiento de la vida del alma era análogo» en uno y otro caminos: «las mismas etapas», «pruebas análogas», «efectos a menudo idénticos»<sup>31</sup>.

Por tanto, lo que Teresa aporta a Chiara no es un camino espiritual que seguir, sino la conciencia de que el camino espiritual que ella ya está recorriendo produce efectos de santidad, que es un camino que conduce a la santidad. Nuevamente en una conversación mantenida con los focolarinos casados en 1961, cuya transcripción es aún inédita, Chiara dice:

«Santa Teresa nos ha servido a nosotros verdaderamente para revelarnos que nuestro camino es un camino de santidad. Por tanto, nos ha empujado a caminar por nuestro camino y lo ha hecho a través de la vida con aquellas famosas aguas que son escalones cada vez más intensos de amor de Dios, [...] y así nosotros hemos entendido, especialmente nosotros focolarinos, que ciertas experiencias alguno también las ha probado»<sup>32</sup>.

## 2. UNA POSIBLE DEFINICIÓN DEL «CASTILLO EXTERIOR»

Antes de entrar en el propósito específico de este apartado, debo hacer dos aclaraciones previas. Por un lado, el concepto «Castillo exterior» no es genético en la espiritualidad ni en el lenguaje de Chiara. Como aca-

<sup>31</sup> Cf. *supra* escrito citado en p.8, nota 14.

<sup>32</sup> C. LUBICH, *La regola. Maria, pro manuscrito* inédito de la transcripción de la grabación magnetofónica de la conversación mantenida con los focolarinos casados en Grottaferrata (Roma), el 7 de diciembre de 1961, p.3.

bamos de describir, ella, tras años de intensa vida espiritual, tanto suya como de un buen número de hombres y mujeres que la seguían desde el principio, advierte al entrar en contacto con santa Teresa, mediante la lectura profunda de los libros de la santa española, que hay una identidad de efectos espirituales entre los que describe Teresa en las diferentes moradas y los que Chiara conoce por experiencia en sí misma y en cuantos la siguen. Para poder expresar dicha realidad, dado que Teresa, como buena castellana, utiliza la terminología del «Castillo interior», y, en cambio, ya que quien vive la espiritualidad de la unidad no sigue la vía teresiana de la profundización en el propio interior para encontrarse con Dios, sino la de salir hacia fuera de uno mismo para ir al encuentro de Dios presente en el hermano y entre los hermanos, se le ocurre que a la realidad del camino que indica la espiritualidad de la unidad se le podría denominar «Castillo», sí, pero «exterior». Por tanto, el «Castillo exterior» no es un concepto genético inicial que luego se ha ido rellenando de contenido, sino más bien al contrario, es una imagen paradigmática que pretende simbolizar el camino espiritual de quienes viven la unidad<sup>33</sup>.

Por otro lado, apenas existen textos de Chiara publicados en los que ella hable de lo que es el «Castillo exterior», pues —fuera de los años 1961-1962— en contadas ocasiones ha explicado algo de esa realidad, por lo cual los que citaré más adelante constituyen prácticamente la totalidad de los mismos, que por otra parte coinciden mayoritariamente con los que ya he citado hasta el momento. Y también es necesario aclarar que sobre el «Castillo exterior» de Chiara sólo han profundizado hasta ahora, y además muy recientemente, dos estudiosos. Uno es Giuseppe Maria Zanghí, focolarino teólogo y filósofo, además de ser uno de los primeros compañeros de Chiara Lubich y el responsable central desde sus comienzos del aspecto del estudio en el movimiento. El otro es el P. Jesús Castellano Cervera, o.c.d., de quien ya antes dijimos que prácticamente no necesita presentación, pues es bien conocido en el mundo de la teología espiritual como uno de sus principales expertos, aunque quizás lo que se conocía menos de él es que, desde el año 1969 hasta su repentino fallecimiento en 2006, participó de la espiritualidad de la unidad como religioso miembro del Movimiento de los Focolares, y formó parte —al igual que Zanghí— de la «Escuela Abbá», es decir, el grupo

---

<sup>33</sup> Cf. C. LUBICH, *Construir el «castillo exterior»*, Madrid 2004, 69.

interdisciplinar de estudiosos que, dejándose iluminar por la luz del carisma de la unidad recibida por Chiara fundamentalmente el verano de 1949, intenta profundizar «transversalmente» en las diferentes ciencias del saber, a fin de plasmar y describir científicamente desde cada disciplina esa «doctrina de la unidad», y lo que ésta aporta a cada una de ellas<sup>34</sup>. Por ello, será directamente en los textos de Chiara y en los estudios de Zanghí y del P. Castellano en lo que me basaré para desarrollar este punto.

Comencemos, pues, leyendo los textos en que la misma Chiara ha hablado del «Castillo exterior».

## 2.1. EL «CASTILLO EXTERIOR» EN LOS TEXTOS ORIGINALES DE CHIARA LUBICH

Ya hemos dicho que tales textos son escasos —si bien, considero que son suficientes— y que algunos de ellos ya han sido citados anteriormente, pero ahora los analizaremos intentando desentrañar de los mismos una posible definición de esta novedosa realidad.

Como vimos anteriormente, se debe precisamente al P. Castellano, el que podamos contar con el primer texto entre los publicados en el que Chiara habla del «Castillo exterior». Como dijimos, tenemos que remontarnos hasta el año 1950: «Es admirable el designio de Dios: este Reino de los cielos, este Castillo exterior en el que Dios está entre nosotros»<sup>35</sup>.

De este texto se desprende que para Chiara el «Castillo exterior» coincide ni más ni menos que con el mismo «Reino de los cielos». Y en la nota, citada también por el P. Castellano, en que años después la propia Chiara comenta ese párrafo, encontramos una ulterior aclaración de esta misma idea: «Aquí... ya aparece la idea del castillo exterior, como prefigurando la realidad de la Obra, donde Cristo está presente y la ilumina en todas sus partes»<sup>36</sup>.

Por tanto, para Chiara, según el escrito de 1950, «Castillo exterior» es sinónimo de «Reino de los cielos», y en esta nota explicativa viene a indi-

<sup>34</sup> Para un conocimiento más amplio de lo que es esta realidad y su dinámica de funcionamiento, cf. C. LUBICH, *La doctrina espiritual*, o.c., 269.391-392, y E. M. FONDI - M. ZANZUCCHI, o.c., 459-460.

<sup>35</sup> C. LUBICH, *pro manuscrito* inédito, citado por J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 10.

<sup>36</sup> C. LUBICH, *pro manuscrito* inédito, nota personal al escrito, citada por J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 10-11.

car que «prefigura» a la misma «Obra», es decir, a la Obra de María fundada por ella<sup>37</sup>.

Parece demasiado presuntuosa tal expresión y, efectivamente, lo sería si Chiara pretendiera hacer entender que ello depende de modo exclusivo de sus propios méritos o de los méritos de los miembros del movimiento, o bien que se limita únicamente a éste. Por su trascendencia, creo que es importante aclararlo.

Por un lado, en el escrito de 1950 ya especifica que ello depende de la presencia de Dios «entre nosotros» —es decir, en la Obra de María<sup>38</sup>—, y en el comentario explica que es Cristo, que «está presente y la ilumina en todas sus partes». La presencia de Cristo a la que Chiara hace referencia es la prometida por Él mismo allí «donde dos o tres» estén reunidos en su nombre (cf. Mt 18,20)<sup>39</sup>. Con esto queda claro que es sólo a Dios mismo, a Jesús, a quien Chiara le atribuye el mérito de convertir la realidad donde Él esté presente en «Reino de los cielos», pues es su propia presencia quien esto realiza<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *CE* 31,1-3.11-12 y 32,2.6.10, donde también Teresa habla a sus monjas del «reino del cielo» como el don que Dios hace a quien practica la «oración de quietud».

<sup>38</sup> Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 32,11 y 33,14, donde se da la coincidencia de que Teresa, refiriéndose a los conventos por ella fundados, dice: «Cristo andaría con nosotras», frase equivalente a la que Chiara emplea cuando dice «Jesús en medio de nosotros».

<sup>39</sup> Cf. C. LUBICH, *Donde dos o tres*, en C. LUBICH, *Escritos Espirituales/3. Que todos sean uno*, Madrid 1998, 159-199. Para una profundización teológica de la realidad de «Jesús en medio», cf. J. M. POVILUS, *Jesús en medio. En el pensamiento de Chiara Lubich*, Madrid 1989.

<sup>40</sup> En los tratados de Cristología podemos encontrar páginas y páginas en las que se habla de la identidad que para el mismo Jesús existía entre Él y el «Reino de los cielos» (o el «Reino de Dios») que Él mismo predicaba. Aunque no es éste el objeto del presente estudio, sin embargo no está de más recordar algunos pasajes paradigmáticos de los evangelios a este respecto: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15); «Si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios» (Mt 12,28); «Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: “El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: ‘Vedlo aquí o allá’, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros”» (Lc 17,20-21). Dejarlo todo por el Reino de Dios (Lc 18,29) equivale a dejarlo todo por su nombre (Mt 19,29) o por su causa (Mc 10,29). En esta misma línea es muy elocuente cuanto se afirma en los párrafos 18 y 19 de la Declaración *Dominus Iesus*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y en particular la nota 73 de la misma: «El Reino es tan inseparable de Cristo que, en

Por otro lado, la expresión no es reductiva, es decir, «Reino de los cielos» no lo es sólo y exclusivamente la Obra de María. En otro de sus textos acerca del «Castillo exterior» podemos leer:

«Por tanto, la imagen de un *castillo interior* para descubrir e iluminar, como santa Teresa llamaba a la realidad del alma habitada por Su Majestad, se adapta bien. Es el vértice de la santidad en un camino individual.

Ahora ha llegado, quizás, el momento de descubrir, iluminar y edificar para Dios, su *castillo exterior*, por así decirlo, con Él en medio de los hombres. Éste —si observamos bien— no es otra cosa que la Iglesia, allí donde vivimos, que, debido también a esta espiritualidad, puede llegar a ser cada vez más ella misma, más hermosa, espléndida, como la esposa mística de Cristo, anticipo de la Jerusalén celestial, de la que se ha escrito:

“Ésta es la morada de Dios con los hombres.  
Pondrá su morada entre ellos  
y ellos serán su pueblo  
y él, ‘Dios con ellos’, será su Dios” (Ap 21,3)<sup>41</sup>.

Así pues, aquí Chiara deja claro que el «Castillo exterior» «no es sino la Iglesia», toda ella, una Iglesia por la que Chiara siente verdadera pasión, y para referirse a ella no encuentra palabras mejores que las esponsales empleadas por los místicos («mística esposa de Cristo») y por la Sagrada Escritura («anticipo de la Jerusalén celestial»). Chiara ve a la Iglesia como nos la presenta el Apocalipsis: «la morada de Dios entre los hombres», visión que nos hace pensar en la *shekhiná* de los textos targúmicos hebreos<sup>42</sup>.

Ésta ya parecería una visión suficientemente amplia para el concepto de «Castillo exterior», sin embargo, Chiara va más allá de los límites de la Iglesia. En el texto siguiente vemos que su visión engloba al entero «cuerpo social», es decir, a toda la humanidad:

«Y si tenemos en cuenta que esta nueva espiritualidad que Dios ofrece hoy a la Iglesia llega incluso a los responsables de la sociedad y de

---

cierta forma, se identifica con él (cf. Orígenes, *In Mt. Hom.*, 14, 7: PG 13, 1197; Tertuliano, *Adversus Marcionem*, IV, 33, 8: CCSL 1, 634)».

<sup>41</sup> De un discurso del 10.2.1984 a un grupo de Obispos amigos del Movimiento de los Focolares, citado en C. LUBICH, *Cristo a través de los siglos*, o.c., 196.

<sup>42</sup> Por ejemplo: «Si dos personas están sentadas juntas y median entre ellas las palabras de la Torá, la Shekhinah —la morada divina— está en medio de ellos» (*Mishná Avot* 3,2).

la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace un castillo exterior sólo de nuestra Obra, sino que tiende a hacerlo con el tejido social y eclesial»<sup>43</sup>.

En otro texto publicado en un libro suyo relativamente reciente, que lleva por título precisamente *Construir el «Castillo exterior»*<sup>44</sup>, Chiara, casi de pasada (lo escribe entre paréntesis), da prácticamente una definición directa del término que nos ocupa:

«Desde que surgió nuestro Movimiento nos resultó claro que el camino espiritual que nos venía indicado de lo alto era un camino colectivo. Seguidamente, con los años, vimos que con él se iba edificando el llamado “castillo exterior”, frente al “castillo interior”, fruto del camino de santa Teresa de Jesús, que es más personal.

Pero para construir de verdad el “castillo exterior” (es decir, nuestra unidad con los hermanos en la realidad del cuerpo místico de Cristo, en el que todos estamos incorporados) somos conscientes de que hace falta nuestro esfuerzo para mejorar cada día, con la gracia de Dios, también en nuestra vida interior, personal»<sup>45</sup>.

Así pues, según lo que aquí expone, para Chiara el «Castillo exterior» consiste en «nuestra unidad con los hermanos en la realidad del Cuerpo místico de Cristo en el que todos estamos insertados». Una definición absolutamente universal, sin exclusivismos de ninguna clase, en la que caben todos aquellos que estén dispuestos a vivir de modo tal que merezcan la presencia de Jesús entre ellos (cf. Mt 18,20), es decir, dispuestos a «vivir en unidad».

De qué significa este «vivir en unidad» es de lo que hablaremos más adelante basándonos en el estudio de Giuseppe M.<sup>a</sup> Zanghí.

<sup>43</sup> C. LUBICH, *Un camino nuevo*, o.c., 29.

<sup>44</sup> C. LUBICH, *Construir el «castillo exterior»*, Madrid 2004. A pesar de su título, lo que se cita a continuación es prácticamente la única referencia explícita al «Castillo exterior» que encontramos en todo el libro. No es que el título sea «engañoso», pues el libro está compuesto en su totalidad por pensamientos espirituales de Chiara dirigidos a todos los miembros del Movimiento, en los cuales les indica cómo vivir para «construir el «Castillo exterior», por lo cual, implícitamente, cada página del volumen trata del mismo.

<sup>45</sup> C. LUBICH, *Construir...*, o.c., 69. En este texto se vislumbra la visión de la Iglesia como «Pueblo de Dios» único y universal de *Lumen Gentium* 12-16, que abraza no sólo a los católicos, sino a todos los demás cristianos, a los fieles de las otras religiones y a todos los hombres de buena voluntad, aunque carezcan de un credo religioso.

Para concluir este apartado dedicado a lo que la misma Chiara ha dicho hasta el momento acerca del «Castillo exterior», sólo dejar constancia de que existen otros textos que corroboran cuanto hemos expuesto, pero la brevedad del espacio no da para ello<sup>46</sup>.

Veamos ahora la aportación que el P. Jesús Castellano hace para la comprensión del «Castillo exterior».

## 2.2. LA APORTACIÓN DEL P. JESÚS CASTELLANO: LA ABSOLUTA NOVEDAD DEL «CASTILLO EXTERIOR» EN LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Durante el verano del 2002<sup>47</sup>, el P. Castellano dio una conferencia a los jóvenes estudiantes del «Instituto Superior de Cultura»<sup>48</sup> del movimiento, titulada: «El Castillo interior y el Castillo exterior». Esta misma conferencia en los años siguientes la fue matizando poco a poco, hasta llegar a una redacción definitiva de la misma, que es la que quedó publicada en el número 2005/2 de la revista *Unità e Carismi* con el título *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, citado en diferentes ocasiones a lo largo de este artículo, dado que ya hemos considerado algunas de las aportaciones del mismo al estudio actual. Pero aún nos quedan algunos aspectos señalados por el P. Castellano fundamentales para la comprensión del Castillo exterior y, en general, de toda la espiritualidad de la unidad de Chiara Lubich, desde la mirada de un experto de su talla en la historia de la espiritualidad y la mística. Tendremos ocasión de ver más adelante algunas de sus aportaciones desde el punto de vista histórico-

<sup>46</sup> Entre otros cito los siguientes: *Conversación de Chiara con las focolarinas internas* del 6 de septiembre de 1961, en Grottaferrata (Roma), acerca de su encuentro con Santa Teresa; exposición sobre la *Sintesi della spiritualità collettiva*, del 29 de noviembre de 1994, en la Mariápolis permanente de Loppiano, a las Escuelas de formación de focolarinas y focolarinos, y el discurso *Commento agli Statuti Generali dell'Opera*, ante un grupo de obispos reunidos en Anzère (Suiza) el 6 de agosto de 1990.

<sup>47</sup> Concretamente el 27 de agosto.

<sup>48</sup> Se dio este nombre a una experiencia docente y discente, consistente en cursos estivales de quince días, con una duración cuatrienal, dirigida a jóvenes del Movimiento de los Focolares de los últimos cursos académicos universitarios o recién graduados, con una inclinación demostrada hacia el estudio. Estos cursos son impartidos por los miembros de la Escuela Abbá. Esta experiencia del «Instituto Superior de Cultura» es el embrión de la naciente Universidad «Sophia» del Movimiento de los Focolares, cuya sede se ha establecido desde el año 2006 en la «Mariápolis permanente» de Loppiano, cerca de Florencia (Italia). Cf.: [www.iu-sophia.org](http://www.iu-sophia.org).

eclesial para la comprensión de la novedad de la espiritualidad de la unidad, que la misma Chiara subraya. Pero, por ahora, ciñámonos al artículo citado.

Tras comenzar señalando la gran estima que Chiara siente por Teresa, en la que «siempre ha reconocido con gratitud el carisma evangélico de la oración»<sup>49</sup>, continúa el P. Castellano definiendo lo que para él es la espiritualidad de Chiara Lubich:

«... es expresión de la espiritualidad de la comunión y de la unidad, mediante el amor recíproco hasta la donación de la vida, tal como aparece en el abandono de Jesús en la Cruz, [y] siempre pone de relieve, en cada aspecto de la vida cristiana, la dimensión de comunión y de reciprocidad, según el modelo del amor entre las personas divinas»<sup>50</sup>.

Aparecen, por tanto, aquí algunos de los elementos fundamentales de la espiritualidad de Chiara y, por ende, del «Castillo exterior»: el amor recíproco hasta dar la vida, Jesús abandonado como tipo y medida de dicha actitud, la vida de comunión según el modelo de la Santísima Trinidad. Todos ellos merecerían un análisis detenido, por su trascendencia en la espiritualidad de la unidad, pero no corresponde hacerlo ahora.

Sigue el P. Castellano dándonos prácticamente una primera definición de lo que, según él, es el «Castillo exterior»:

«Por eso, a partir de una primera intuición, Chiara ha hablado del “Castillo exterior”, en el sentido de vivir juntos el camino de la santidad, como en una especie de itinerario espiritual comunitario»<sup>51</sup>.

Como vemos, el P. Castellano interpreta que el «Castillo exterior» sería, según esto, «vivir juntos el camino de la santidad», y lo especifica nuevamente: «una especie de itinerario espiritual comunitario». Así pues, lo que enseguida «salta a la vista» es el aspecto comunitario que comporta el «Castillo exterior».

Pasa después a explicar el significado de esta intuición. Tras subrayar la absoluta novedad de la expresión «Castillo exterior», en los términos que vimos al comienzo de este artículo<sup>52</sup>, señala el P. Castellano que los momentos en que aparece por primera vez este término, son inmediata-

<sup>49</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 10.

<sup>50</sup> *Ib.*

<sup>51</sup> *Ib.*

<sup>52</sup> Al ser algo ya dicho, me limitaré aquí a destacar lo que aún no ha sido citado.

mente posteriores a una particular experiencia de luz vivida por Chiara durante el verano de 1949, que, entre otras cosas, le hace tomar conciencia de la particularidad del carisma que ha recibido de Dios, esto es, que éste aporta «una visión renovada de la espiritualidad cristiana», consistente en una «una espiritualidad de la unidad vivida juntos, como un reflejo de la vida trinitaria: un carisma nuevo en la Iglesia»<sup>53</sup>.

Continúa el P. Castellano explicando que Chiara ve en esta espiritualidad un designio de Dios, «es más, podemos decir que ve “el designio de Dios”: la vida divina transmitida para ser vivida por nosotros, no individualmente, sino en comunión, a la manera de la Trinidad [...] es decir, la vida trinitaria de Dios, derramada en la Iglesia como una mística comunitaria»<sup>54</sup>.

Como vemos, nuevamente es el aspecto comunitario el que sobresale, pero con un nuevo matiz, es comunitario «a la manera de la Trinidad».

Y, si es así, lógicamente de lo que se trata —como también vimos antes— es de «el Reino de Dios en la tierra, terminología evangélica que expresa la revelación y la donación que Jesús nos hace de la misma vida divina, [...] y] este Reino tiene una dimensión que es al mismo tiempo personal y comunitaria»<sup>55</sup>.

Enlazando con la realidad del Reino de Dios, el P. Castellano explica la fuerte influencia que la exégesis del sentido de Lc 17,21 ha tenido en el mundo de la espiritualidad. Las espiritualidades personales han encontrado en la traducción latina tradicional: «Regnum Dei intra vos est» («El Reino de Dios está *dentro de vosotros*»), el fundamento de su vivir la interioridad. La misma «Santa Teresa aplica también esta noción cuando habla de la unión con Dios, de la presencia de Dios en nosotros, como del tesoro escondido y de la perla preciosa del Reino»<sup>56</sup>, de Dios mismo que está en nosotros, por el que es preciso dejarlo todo y hacer su voluntad, vivir su palabra y actuar el amor. Sin embargo, continúa el P. Castellano, «hoy se prefiere traducir con mayor fidelidad al texto griego del NT: «El Reino de Dios ya está *en medio de vosotros*»<sup>57</sup>, con una evidente

<sup>53</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 10.

<sup>54</sup> *Ib.*, 11.

<sup>55</sup> *Ib.*, 11.

<sup>56</sup> Cf. TERESA DE JESÚS, *Moradas del Castillo Interior*, quintas moradas, 1,2-3, citado por J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 11.

<sup>57</sup> Así traduce también la Nueva Edición de la Biblia de Jerusalén, con la variante sinonímica «entre», y en la nota a este versículo se puede leer: «También se tradu-

alusión al aspecto exterior y comunitario del Reino de Dios que es la Iglesia, comunidad de los creyentes en medio del mundo»<sup>58</sup>. Y en este sentido encuentra una evidente semejanza con las palabras de Mt 18,20: «Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos». Por tanto, afirma:

«Si Jesús es el Reino de Dios, el “Castillo exterior” hace referencia directa a una experiencia de unidad, con Jesús “en medio de nosotros”, principio y dinamismo de una nueva vida comunitaria, eclesial, trinitaria. En efecto, Chiara explica: “Este Reino de los cielos, este Castillo exterior en el que Dios está entre nosotros”»<sup>59</sup>.

Así pues, el P. Castellano subraya también con Chiara la ecuación «Castillo exterior» = «Reino de los cielos», y la dimensión de la comunión externa y visible que esto significa, y en ello ve «el designio de Dios que ahora se revela también de modo concreto por medio de un carisma»<sup>60</sup>.

Sigue su artículo con un interesantísimo cotejo entre la doctrina de santa Teresa y la de Chiara, que como buen carmelita descalzo no podía omitir. Primero dice que le parece necesario resaltar la «novísima idea del castillo exterior, [la cual] engloba juntamente la espiritualidad de la Obra de María, pero también su encarnación, su dimensión visible exterior»<sup>61</sup>. Y es todo este conjunto inseparable el que en todas sus partes es iluminado desde su centro por «Jesús en medio», al igual que en el «Castillo interior» es la presencia de Dios la que todo lo ilumina. Y resalta el hecho de que en el «Castillo exterior» dicha presencia es también externa y su luz «se encarna en sectores de la Obra de María, en diferentes vocaciones, aspectos de vida, obras de renovación que inundan el mundo con la gracia del carisma dado por el Espíritu Santo. Es Dios que hace nuevas todas las cosas»<sup>62</sup>.

Así pues, la novedad de la intuición de Chiara reside en que, mientras para Teresa es *el alma del justo* la que se ve iluminada por la presencia

---

ce “dentro de vosotros”, lo que no parece estar directamente indicado en el contexto». *Biblia de Jerusalén. Nuevo Testamento*, IV, Barcelona, Ediciones Folio, 2006, 1519. Para un estudio pormenorizado de este versículo, cf. G. RossÉ, *Il vangelo di Luca. Comento esegetico e teologico*, Roma 21995, 669-670.

<sup>58</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 11.

<sup>59</sup> *Ib.*

<sup>60</sup> *Ib.*

<sup>61</sup> *Ib.*, 12.

<sup>62</sup> *Ib.*

interior de Dios a causa de la gracia de la inhabitación trinitaria, en el «Castillo exterior» se trata no de un alma individual, sino de las de todos los que se adhieren a esa vida, «que son como un *alma comunitaria*, *el Alma*, pues hasta tal punto están unidos en el amor los unos con los otros quienes comparten el carisma de la unidad. Se trata del grupo que ya vive la dimensión trinitaria y eclesial de la espiritualidad»<sup>63</sup>.

Me parece fundamental —¡y genial!— la explicación con que el P. Castellano termina este cotejo entre ambas intuiciones, la de santa Teresa y la de Chiara, por ello no me resisto a citarla en su integridad:

«Sin duda Teresa piensa en el crecimiento progresivo de una persona en la que se irradia, también por el amor, la misma presencia de Dios. Aquí, en el “Castillo exterior”, es la dimensión del Dios en medio de nosotros, y también de las obras que Dios en su designio inspira y realiza, en un dinamismo de vida, que coincide con la misma experiencia espiritual y apostólica de la Obra de María. El “Castillo exterior” es iluminado por el tesoro escondido y por la perla preciosa, el “diamante”, que es Cristo en medio de nosotros, el tesoro y la perla por los cuales es preciso darlo todo para vivir juntos la aventura de la unidad»<sup>64</sup>.

Concluye resumiendo:

«El principio, el camino y el vértice de esta aventura del “Castillo exterior” serán, por tanto: la presencia de Cristo en medio de nosotros, la vida trinitaria en un dinamismo de crecimiento, pero también lo serán la irradiación exterior de esta vida en la Iglesia y para el mundo»<sup>65</sup>.

Y en todo ello ve «notas que evidencian una novedad en la espiritualidad cristiana»<sup>66</sup>.

Continúa su artículo el P. Castellano explicando que Chiara no ha elaborado una doctrina sistemática sobre el «Castillo exterior», sino que su intuición se refiere fundamentalmente a la espiritualidad colectiva de la Obra de María, con una mística comunitaria que le es propia, que es «es la mística de Jesús, de María, de la Iglesia [...] con un dinamismo o crecimiento espiritual colectivo»<sup>67</sup>, expresado a lo largo del tiempo por Chia-

---

<sup>63</sup> Ib.

<sup>64</sup> Ib.

<sup>65</sup> Ib.

<sup>66</sup> Ib.

<sup>67</sup> Ib.

ra en la llamada «Via Mariae», es decir, el «camino universal y evangélico inspirado en la Virgen María, modelo válido para todos»<sup>68</sup>.

Más adelante el P. Castellano, basándose en textos de la propia Chiara, destaca varias consideraciones de la fundadora del Movimiento de los Focolares acerca del «Castillo exterior», a partir de las cuales deduce varias realidades.

La primera es que —como vimos antes— Chiara considera toda la Obra de María como un «Castillo exterior» iluminado en todas sus partes desde el centro hasta la periferia por Cristo presente en el mismo.

La segunda es que su concepción del «Castillo exterior» no se detiene en la Obra de María, sino que —como también dijimos anteriormente— Chiara «presenta una “mística eclesial”: la Iglesia como un gran y hermosísimo Castillo exterior, como la morada de Dios en medio de los hombres [...] un espléndido Castillo exterior animado por la vida de unidad trinitaria»<sup>69</sup>.

La tercera es que toda la Obra de María, no sólo desde un punto de vista espiritual, sino «también en su estructura de comunión, es reflejo y encarnación del Castillo exterior, del Reino de Dios sobre la tierra»<sup>70</sup>. Esta observación que recoge el P. Castellano me parece fundamental. Si el Verbo se ha encarnado en Jesús de Nazaret, y éste era la presencia viva del Reino de los cielos sobre la tierra, también el Castillo exterior tiene una dimensión «encarnada», que son las estructuras y concretizaciones que han ido surgiendo con los años en la Obra de María. Para poder explicar suficientemente esta realidad sería necesario otro artículo, que esperamos publicar en un próximo futuro.

La cuarta es que «para construir auténticamente el “Castillo exterior”», para poder vivir de verdad la espiritualidad de la unidad o espiritualidad de comunión, es preciso vivir la espiritualidad personal, es decir, la propia vida interior, «que en la espiritualidad del Movimiento va a la par con la vida de unidad»<sup>71</sup>.

La quinta realidad que deduce el P. Castellano es que «el principio de la vida espiritual del Castillo exterior es el camino de la unidad, con Dios en medio de nosotros, o, si queremos, con la Trinidad en medio de noso-

<sup>68</sup> Ib., 14. Para conocer más acerca de la «Via Mariae», cf. C. LUBICH, *Cristo a través...*, o.c., 197-207.

<sup>69</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 14.

<sup>70</sup> Ib.

<sup>71</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 14-15.

tros, con una vida de comunión recíproca a modo de la Trinidad»<sup>72</sup>. Este camino no es tanto de ascensión, sino de penetración cada vez más profunda en la realidad trinitaria, y, si se permanece en la unidad —continúa el P. Castellano—, se recorre:

«De cima en cima, como sobre la cuerda de una montaña [...]; es un itinerario vivido siempre en el amor que purifica cada vez más, que ilumina cada vez más abriendo el corazón y la mente a los designios y proyectos de Dios [...] y conduce a una vida de unidad, con Dios y con todos los hermanos cada vez más fuerte, más sentida, más mística, porque es un don de Dios»<sup>73</sup>.

Por tanto, las tres vías clásicas de la vida espiritual, purificativa, iluminativa y unitiva se viven, según Jesús Castellano, contemporáneamente por aquellos que se encaminan por la vía de la unidad, los cuales «se transforman en criaturas nuevas», gracias a la vida en común de la Palabra —Cristo— «que comunica a todos juntos su vida»<sup>74</sup>. Y aquí saca a colación el P. Castellano un texto de Chiara Lubich en el que hablando a un grupo de obispos hace referencia «a la transformación de la que habla santa Teresa del gusano de seda en una mariposa»:

«La Palabra, que es una presencia de Cristo, engendra a Cristo en nuestra alma y en las almas de los otros. Es verdad: también antes de vivir la Palabra con empeño somos cristianos, está la vida de Cristo en nosotros y, con ella, tenemos sin duda luz de Dios y también amor; pero éstos a menudo están algo encerrados como una crisálida. Viviendo el Evangelio, el amor emana luz y la luz aumenta el amor: la crisálida empieza a moverse hasta que sale la mariposa. La mariposa es el pequeño Cristo que empieza a ocupar sitio dentro de nosotros y después va creciendo cada vez más, cada vez más, hasta estar cada vez más llenos de él»<sup>75</sup>.

En la vida en común de la Palabra, ve el P. Castellano el secreto de este crecimiento comunitario como criaturas nuevas, y señala que los

<sup>72</sup> Ib., 15.

<sup>73</sup> Ib.

<sup>74</sup> Ib.

<sup>75</sup> Ib., 15 [de un discurso a los Obispos amigos del Movimiento de los Focolares, del 3 de febrero de 1986: *Frutti ed effetti della Parola di vita nella nostra esperienza*, en A. BEGHETTO (ed.), *La nuova evangelizzazione e i religiosi*, Roma 1991, 142-143]. Teresa habla del proceso de transformación del gusano de seda en mariposa en *Moradas*, V, cap.2.

«instrumentos para la construcción del Castillo exterior, están todos ellos inspirados por la indisoluble unidad entre el amor de Dios y del prójimo»<sup>76</sup>. Resalta que el «Castillo exterior»

«se construye con la caridad, con el amor constante y concreto al prójimo, con las exigencias del arte de amar, con la comunicación de la Palabra en todas las variadas formas de la mutua y recíproca caridad, y no sólo con el silencio, con la oración no sólo personal, sino también comunitaria, con la atención constante a ese “algo más” de la espiritualidad colectiva que es la presencia de Jesús en medio de nosotros, la comunión recíproca en el amor y en la vida, el amor esponsal a Jesús Abandonado. De este modo, las luces, las etapas, las pruebas, las gracias y los efectos de la vida, en este castillo exterior, tienen una dimensión comunitaria. Si la piedra clave del castillo interior es la comunión con la humanidad de Cristo, el secreto de la vida del castillo exterior es el camino del hermano y la unidad»<sup>77</sup>.

Por tanto, los instrumentos con que se construye el «Castillo exterior», según el P. Castellano, son éstos: la caridad, el amor constante y concreto al prójimo, las exigencias del arte de amar<sup>78</sup>, la comunicación de la Palabra en el ámbito de la caridad recíproca, la oración personal y comunitaria, la constante atención a la presencia de Jesús en medio (el «algo más» de la espiritualidad colectiva), la comunión recíproca en el amor y en la vida, y el amor esponsal a Jesús abandonado. Todos ellos son expresión de la «vida espiritual en la dimensión nueva del castillo exterior», de este modo de «vivir juntos la vida cristiana para crecer juntos y juntos construir el castillo exterior que es la Iglesia»<sup>79</sup>.

Como vemos, de nuevo identifica el P. Castellano el «Castillo exterior» con la Iglesia. Y a continuación añade otros elementos para edificarlo: la santidad de pueblo, la irradiación de los diferentes diálogos<sup>80</sup>,

<sup>76</sup> Ib.

<sup>77</sup> Ib.

<sup>78</sup> Dichas exigencias son las siguientes: amar a todos, ser el primero en amar, amar como a uno mismo, «hacerse uno», amar a Jesús en cada uno, el amor recíproco, que genera la presencia del Resucitado entre nosotros (cf. C. LUBICH, *El arte de amar*, Madrid 2006, 151-155).

<sup>79</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 15.

<sup>80</sup> Se refiere a los cuatro diálogos que, según el espíritu del Concilio Vaticano II, se dan en el Movimiento de los Focolares: con todas las otras realidades de la Iglesia Católica, con los cristianos de otras Iglesias o comunidades eclesiales, con los fieles de otras confesiones religiosas y con aquellos que sin tener una referencia religiosa

la concretización de las «inundaciones», esto es, la «aplicación del carisma de la unidad a los distintos sectores de la vida de la Iglesia y de la sociedad, como presencia de Dios y de su designio de amor en la historia, en la humanidad de toda la tierra y hasta en la creación y en el cosmos»<sup>81</sup>.

Añade el P. Castellano hacia el final de su artículo que veinte años antes ya precisó «las novedades que en la Teología espiritual y en la espiritualidad abría el carisma de Chiara», y lo hizo con las siguientes palabras:

«Hace falta pasar del Castillo interior al descubrimiento de un “Castillo exterior”. Si en el primero es Dios quien habita en el hombre y se revela en la última morada como plenitud del misterio trinitario; en el segundo Dios habita como Trinidad entre aquellos que forman, con el propio castillo interior abierto hacia el otro, el “castillo exterior” ... Ahora bien, esta espiritualidad de la unidad, que se encuentra como mística trinitaria de unidad en el Movimiento de los Focolares, no es solamente una “experiencia particular”, sino una gracia para la Iglesia, como la experiencia del *Castillo interior* o la *Noche oscura* han sido gracias para la Iglesia (del siglo XVI), asumidas hoy por la teología espiritual a nivel eclesial»<sup>82</sup>.

Podemos concluir diciendo que la gran aportación del P. Castellano para la comprensión del «Castillo exterior» ha sido la de abrir los ojos, desde su reconocida autoridad eclesial como experto en Teología espiritual, a la novedad que el «Castillo exterior» representa para la espiritualidad cristiana contemporánea.

Finalmente, tras hacer una breve referencia al viaje de Chiara en el año 2002 a España y sus visitas a Ávila y Segovia, para conocer de cerca los lugares donde santa Teresa y san Juan de la Cruz vivieron<sup>83</sup>, termina

---

son personas de buena voluntad. Cf. *Statuti Generali dell'Opera di Maria*, Roma 1999, 87-93.

<sup>81</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 15.

<sup>82</sup> *Ib.*, 15-16. El texto original citado corresponde a J. CASTELLANO CERVERA, *Tendenze emergenti dalla riflessione teologica contemporanea: prospettive attuali della Teologia spirituale*: Nuova Umanità 5 (1983/6) 68.

<sup>83</sup> Para todo lo que se refiere a esta visita, cf. AA.VV., *Chiara Lubich en España. Crónica de un viaje. 26 de noviembre-9 de diciembre de 2002*, Madrid 2003; AA.VV., *Reportaje: Chiara Lubich en España*: Ciudad Nueva (45) 394, enero 2003, 6-20; AA.VV., *Collegamento CH. Speciale Chiara in Spagna. Da Barcellona a Madrid: l'«oro» del castello esteriore*, Mariapoli (19) 12 diciembre 2002, 6-13.

su artículo con unas palabras que leídas ahora, a dos años de distancia de su fallecimiento, tienen el sabor de un auténtico testamento espiritual del P. Castellano. Son palabras que escritas por un carmelita —cuyo amor al Carmelo, a su Orden y a todos los santos que la misma ha regalado a la Iglesia, es indiscutible y fuera de toda sospecha— tienen un valor realmente fascinante:

«Siempre he considerado el Castillo interior de Teresa de Ávila como una propuesta de vida evangélica para todos los cristianos que quieren vivir su vocación universal a la santidad, a la unión con Dios, en una experiencia trinitaria y eclesial. Pero considero que es una gracia aún mayor, y una aventura todavía más hermosa, la de poder participar con el carisma de la unidad en el descubrimiento de este designio de Dios, en la posibilidad de vivir juntos la aventura de la santidad comunitaria y eclesial, en la construcción de un espléndido y luminoso Castillo exterior, encarnado en la Obra de María, para la Iglesia y para la humanidad»<sup>84</sup>.

### 2.3. LA INTERPRETACIÓN DE GIUSEPPE M.<sup>a</sup> ZANGHÍ: LA TRANSFERENCIA A LA INTERIORIDAD DEL MISMO JESÚS

Pasemos ahora a considerar la originalísima aportación que hace Giuseppe M.<sup>a</sup> Zanghí para intentar comprender lo que en alguna otra corriente espiritual contemporánea gustan llamar el «acontecimiento» del Castillo exterior. Es decir, hasta ahora hemos visto desde la misma Chiara y desde los expertos ojos del P. Castellano cómo se puede definir el «Castillo exterior». Zanghí, en cambio, nos va ayudar a entrar en profundidad en lo que él considera que «acontece» en esa realidad definida como «Castillo exterior»: cuáles son las disposiciones de espíritu previas que deben estar presentes en aquellos que deciden *entrar a vivir* en ese «Castillo exterior», y cuál es el resultado que se produce una vez asegurados esos requisitos iniciales.

Lo que dice Zanghí es ciertamente osado, atrevido, pero él, como testigo de ese acontecimiento, y además testigo privilegiado, por su cercanía a la fuente del carisma de la unidad, Chiara, durante cincuenta y seis años, no puede dejar de decir lo que «ha visto». Zanghí, dada su formación filosófica y teológica, y su facilidad para comunicar en tales términos incluso las realidades más altas, nos ofrece quizás los elementos clave

<sup>84</sup> J. CASTELLANO CERVERA, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»*, a.c., 16.

para comprender desde su posición privilegiada la esencia del «Castillo exterior». Por otro lado, lo que dice con sus palabras es fruto del conocimiento profundo de muchas conversaciones y escritos de Chiara Lubich<sup>85</sup>, en los que lógicamente está basada toda su argumentación.

Para exponer cuál es su aportación para la comprensión del «Castillo exterior», me basaré fundamentalmente en tres artículos suyos: «Il castello esteriore»<sup>86</sup>, publicado en mayo del 2004 en la revista *Nuova Umanità* e incluido, más recientemente, en el libro *Egli è vivo! La presenza del Risorto nella comunità cristiana*<sup>87</sup>; «Dal “castello interiore” al “castello esteriore”»<sup>88</sup>, publicado en mayo del 2006 en la revista *Gen's*, y «Quale uomo per il terzo millennio?», publicado en marzo de 2001 también en *Nuova Umanità*<sup>89</sup>, en el que por primera vez Zanghí comenzó a abordar este tema, mientras que en los dos posteriores se nota un desarrollo y una mayor claridad de su pensamiento acerca del mismo, por lo que las referencias de esta exposición se centrarán en su práctica totalidad en éstos.

Cuando Teresa habla del «Castillo interior» lo hace explicando las siete moradas que lo integran, y las vivencias espirituales que se producen en cada una de ellas, hasta llegar al «matrimonio espiritual», es decir, a la unión sponsal del alma con «su Majestad», que se halla presente en la séptima de tales moradas, la más interna del castillo, donde hace partícipe plenamente al «alma-esposa» de la más grande de las riquezas allí escondidas: la misma divinidad.

Explica Zanghí que en la espiritualidad teresiana, como en todas las espiritualidades clásicas, incluso de otras religiones, para poder alcanzar esta meta, el camino que el individuo recorre se dirige hacia la propia interioridad, a fin de conseguir «superar el propio yo y alcanzar, hasta tocarlo (es la contemplación), al Absoluto que habita en lo profundo de cada uno de nosotros»<sup>90</sup>. Esta superación del propio yo implica «abandonar las formas, los actos con que se expresa la interioridad, haciendo

<sup>85</sup> Cf. al respecto, por ejemplo: C. LUBICH, *El arte de amar*, o.c., 141-142; C. LUBICH, *Vita Trinitaria*: Nuova Umanità 24 (2002/2-3) 135-137.

<sup>86</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*: Nuova Umanità 26 (2004/3-4) 371-376.

<sup>87</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, en AA.VV., *Egli è vivo! La presenza del Risorto nella comunità cristiana*, Roma 2006, 131-137.

<sup>88</sup> G. M. ZANGHÍ, *Dal «castello interiore» al «castello esteriore»...*, *Gen's* 36 (2006/3-4) 100-102.

<sup>89</sup> G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo per il terzo millennio?*: Nuova Umanità 23 (2001/2) 247-277. Sobre todo la cuarta parte del mismo.

<sup>90</sup> Id., 100.

de la misma pura expectativa y acogida de Dios»<sup>91</sup>. Esto supone renunciar a la propia razón, a la propia voluntad y a los propios afectos y sensibilidad. Es el camino de la ascesis que han recorrido todos los grandes maestros del espíritu, aunque cada uno con su propia originalidad.

En el cristianismo, este Absoluto, este Dios, «aun siendo más allá de cualquier forma, no es para nosotros el sin-forma: Él tiene los lineamentos del Cristo muerto y resucitado [...] [que] en el fondo de mí [...] custodia para mí al Absoluto, Dios, y me lo da»<sup>92</sup>, «nos hace uno, hasta ser —como dice la tradición cristiana— una sola Realidad, sin confusión y sin separación»<sup>93</sup>. Ahora bien, siendo Cristo «la Palabra eternamente generada en la interioridad de Dios, el Verbo de Dios, pero también la Palabra generada en el tiempo “fuera” de Dios» que se ha hecho hombre, dice, por tanto, a Dios a la manera de Dios y también a la manera del hombre. Y «esto porque el Verbo de Dios se ha hecho *verdaderamente* hombre [...] para llevar al hombre a ser verdaderamente Dios (cf. 1Jn 3,1)»<sup>94</sup>. Se ha establecido un puente «entre mí y el Absoluto, de tal modo que puedo pasar hasta Él, perdiéndome y al mismo tiempo reencontrándome en Cristo»<sup>95</sup>.

Para Zanghí este es «el punto central de la fe cristiana, profundamente unido al Dios que Jesús ha revelado, el Dios Trinidad»<sup>96</sup>.

Otra consecuencia que Zanghí extrae del dato que el Verbo se ha hecho verdaderamente hombre es que abrirse a la comunión con Él significa «abrirse a la acogida del hombre que Él se ha hecho [...] a la acogida de todo hombre y mujer, que son hermanos suyos en la única humanidad, [por lo cual] la vida interior cristiana está abierta intrínsecamente a la comunión con Cristo e, inseparablemente, con los hombres»<sup>97</sup>. Y así lo

<sup>91</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 371.

<sup>92</sup> Id., 372.

<sup>93</sup> G. M. ZANGHÍ, *Dal «castello interiore»...*, a.c., 100.

<sup>94</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 372.

<sup>95</sup> G. M. ZANGHÍ, *Dal «castello interiore»...*, a.c., 100.

<sup>96</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 372.

<sup>97</sup> G. M. ZANGHÍ, *Dal «castello interiore»...*, a.c., 100-101. En este mismo sentido vale la pena citar el siguiente texto de Zanghí, en el que aparece Jesús Eucaristía —uno de los puntos cristológicos centrales en la espiritualidad de la unidad de Chiara Lubich— como el sacramento eficaz para la realización de esta comunión con Cristo y con los hombres: «[...] La Persona de Cristo me es dada *en la comunión que tengo con su corporeidad*, de la cual la Eucaristía es el sacramento eficaz. «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Jn 6,53). Y, dado que

han entendido y vivido los grandes místicos cristianos siguiendo la enseñanza de las Escrituras: «pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1Jn 4,20).

Según Zanghí, ésta es la misma verdad que Chiara Lubich propone y enseña, «pero con el carisma que Dios le ha dado, la comprensión cristiana de la vida de la interioridad se ilumina con una luz nueva»<sup>98</sup>.

Y a este punto nuestro autor se hace una pregunta: puesto que ir hacia el Uno implica buscar la soledad para abismarse en la interioridad, ¿cómo puede vivirse esto en esa «exterioridad» —al menos aparente— que supone ir a buscar la comunión con los demás? ¿No es esto más bien un alejarse del Uno?

Abre su respuesta a dicha pregunta con una premisa: no hay duda de que el único modo que existe para alcanzar la unión con Dios, con el Uno Absoluto, es el despojamiento de sí mismo, la superación del propio yo mediante la renuncia al ejercicio de todas las formas de la propia interioridad (pensamientos, voluntad, afectos).

Y a continuación pasa ya a exponer aquello que es la originalidad de su argumentación, o, mejor dicho, del camino espiritual que Chiara Lubich propone. Para Zanghí, el camino del «Castillo exterior» no reniega del camino de la espiritualidad cristiana clásica, «es más, lo presupone, pero lo conduce a su pleno cumplimiento»<sup>99</sup>. Hay que despojarse, efectivamente, de los actos de la propia interioridad, pero «no anulándolos, *sino precisamente ejercitándolos*<sup>100</sup>, con la condición (y esto es fundamental) de que se haga de ellos un *don*. Donar el pensamiento, donar la voluntad, donar los afectos. Donar con esa terrible radicalidad que Jesús vivió en su carne, hasta el abandono de Dios y la muerte en la cruz»<sup>101</sup>. (Vemos

---

esta corporeidad de Cristo es la del Hijo de Dios, recapitula en ella todas nuestras corporeidades. [...] Para alcanzar a la Persona de Cristo allí donde ésta me es dada, en *su* humanidad, debo abrirme a *todas* las humanidades que Él kenóticamente ha hecho suyas: *jes el novum que en mi opinión hay que comprender y vivir hoy!* Es en la comunión *entre nosotros*, criaturas humanas, donde puedo alcanzar a la Persona de Cristo, y en él, al Padre en el Espíritu. Lo que se da sacramentalmente en la Eucaristía, se hace realidad, *res*, en la comunión entre nosotros» (G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo...*, a.c., 274).

<sup>98</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 373.

<sup>99</sup> Id., 374.

<sup>100</sup> En todos los casos que aparezca, la cursiva es del propio autor.

<sup>101</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 374. La misma idea, pero aún más «desmenuzada» aparece en el siguiente paso del artículo ya citado del mismo autor *Quale uomo per il terzo millennio?*: «Toda la vida del individuo se transforma entonces en

aquí una clara referencia a «Jesús abandonado», uno de los puntos cristológicos centrales de la espiritualidad de comunión de Chiara Lubich.)

De tal modo, al dar uno se priva de lo que da, por lo que ya no lo posee, y así alcanza el completo despojamiento.

En esto señala Zanghí una primera novedad: se puede alcanzar a Dios, que habita en la propia interioridad, ejercitando los actos en los que la misma se expresa, y ejercitándolos «hacia el exterior», a condición de que se haga «donándolos» con absoluta radicalidad, hasta el punto de que ya no sean propios. «O sea, amando»<sup>102</sup>.

Y, continúa, ¿a quién hay que donarlos? «A Dios, ciertamente. Pero [...] al Dios-Hombre, a Cristo. Y Cristo me invita a reconocerlo realmente en los hermanos y en las hermanas que la vida pone a mi lado. «Cuan-to hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40)»<sup>103</sup>.

Así pues, se alcanza al Absoluto que habita en la propia interioridad, donándose a los propios hermanos y hermanas. Y este don lo «realizo en la vida cotidiana: en las obras concretas que el amor exige, en el diálogo sincero, en la comunión profunda del pensamiento...»<sup>104</sup>.

Ahora bien, para que esta donación de mi interioridad abriéndola a los hermanos sea completa, es preciso que ellos a su vez acepten mi don, haciendo propia así mi interioridad, con lo que se podría decir que me la quitan, y hacen «así de mí esa nada real en la que el Absoluto se puede revelar»<sup>105</sup>.

Y, aún falta, según Zanghí, un paso más. El hecho de que el mandamiento de Jesús, aquel que Él llama «suyo» y «nuevo», sea el del amor

---

tensión hacia “el prójimo”, en una salida de sí mismo que debe tener la misma radicalidad y fuerza que la salida del Hijo hacia el Padre tal como fue vivida en la salida hacia nosotros criaturas. *Es aquí donde el ser-no-ser trinitario se vuelve experimentable*. Es aquí donde Jesús abandonado se revela como la condición única que lo hace posible, el único “lugar” en donde esto puede acaecer. Él se ha dado enteramente al Padre *en nosotros*. Nosotros debemos darnos «enteramente» al Padre *en los hermanos*. Pero el abandonado ha resucitado, “ha vuelto a ser acogido” —si así puede decirse— por el Padre (cf. Fil 2,9): el sufrimiento terrible del abandono se convierte en lo que desde siempre es en la Trinidad, la exultación gozosa y gloriosa del Hijo que se vuelve a dar al Padre. *Sólo si el donarse llega a este punto, la vida cristiana se realiza completamente, es trinitaria*» (G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo...*, a.c., 275).

<sup>102</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 374.

<sup>103</sup> Id.

<sup>104</sup> Id.

<sup>105</sup> Id.

recíproco (cf. Jn 13,34), implica que debe haber reciprocidad también en este aspecto, por lo que a ese salir de mí para donarme a los otros, «debe corresponder no sólo la acogida del don de mí por parte de los demás, sino [además] su movimiento de salida de sí mismos en su donarse a mí, y mi acogerles realmente en mi nada de amor»<sup>106</sup>, con lo que «este donarse recíprocamente la propia interioridad acogiéndose los unos a los otros genera un nuevo espacio de encuentro [...] que ya no soy yo, que tampoco es el otro, y que menos aún es exterioridad: *es el espacio de la interioridad misma de Jesús*, que el amor recíproco hace presente entre nosotros. «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20)»<sup>107</sup>.

Para Zanghí, «ésta es la realidad profunda de la comunión eclesial. Y aquí podemos decir con san Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2,20). Y también: «Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28)»<sup>108</sup>.

Y resume todo el proceso del modo siguiente:

«Mi interioridad ha sido hecha una nada en la comunión con los otros; y del mismo modo la de ellos, en la reciprocidad del don. Ahora bien, hechas nada, amor, son asumidas, como una cosa sola, en la de Cristo, que es puro amor, *se convierten en la suya*. Se reencuentran *uno* en la interioridad misma de Jesús. Son conducidas allí donde la Palabra encarnada y resucitada demora: en esa comunión trinitaria que es, si así puedo decir, la interioridad más interior del Uno Absoluto»<sup>109</sup>.

Éste es el motivo por el que se habla de Castillo «exterior»: «porque éste se edifica al salir de mí *fuera de mí* hacia los hermanos —al hacerme «exterior» a mí—. Pero es una salida aparente, porque, por la comunión recíproca con los hermanos, es en realidad una entrada en la interioridad misma de Jesús»<sup>110</sup>.

Llegado a este punto de su explicación, Zanghí da lo que podríamos llamar «su» definición del «Castillo exterior»: «El castillo exterior es, por tanto, nuestro habitar no ya en nosotros, en lo profundo de nuestra interioridad, sino en la interioridad de Jesús; es, si así se puede decir,

<sup>106</sup> Id., 375.

<sup>107</sup> Id. Cf. también G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo...*, a.c., 275-276.

<sup>108</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 375.

<sup>109</sup> Id.

<sup>110</sup> Id.

el castillo interior de Jesús»<sup>111</sup>, que no es otra cosa que el seno de la Trinidad.

Podemos decir, por tanto, que hay una total coincidencia entre la definición del «Castillo exterior» que elabora Zanghí y la definición que vimos que da Chiara Lubich, pues esa «interioridad de Jesús» no es sino el reino de los cielos, «donde la Palabra encarnada y resucitada demora».

Cuando parecería que ya aquí podría haber terminado su exposición, sin embargo Zanghí añade una ulterior y sorprendente afirmación:

«Después Jesús en medio de nosotros nos restituye a nuestra interioridad, en la que alcanzamos a Dios en su interioridad trinitaria. Como Jesús, muerto, fue restituido en la resurrección a su ser hombre, del mismo modo nosotros, muertos por amor los unos en los otros, somos restituidos a nuestro ser hombre, en nuestra interioridad, pero en una condición diferente de la inicial, porque ahora estamos, en Jesús Resucitado, en el seno del Padre.

Reencuentro, pues, mi interioridad, pero dilatada sobre la de Jesús, que contiene en ella a todo hombre y mujer. [...] En la interioridad de Jesús entre nosotros [...] me reencuentro radicalmente liberado de los límites del yo aun permaneciendo yo: pero un yo que ya es comunión con todos en Jesús.

Y en Jesús me reencuentro en la comunión viva, experiencial, con la Trinidad»<sup>112</sup>.

Podemos afirmar que, de este modo, mediante una tal dinámica de donación amorosa vivida en la reciprocidad, se cumple el proyecto de divinización que desde la eternidad Dios tiene sobre el hombre, ya que «Cristo ha querido darnos, en la locura kenótica de amor que abre la infinitud de Dios, aquello que más propiamente es suyo: *su relación con el Padre, es decir, Sí mismo, su Persona*. [...] Así podrá decir San Juan de la Cruz con la fuerza de los místicos: “Transformados en Dios, [los redimidos] vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya”. “Por tanto, amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo; y así, ama al alma en sí consigo con el mismo amor que Él se ama”»<sup>113</sup>.

<sup>111</sup> Id. «[El «Castillo exterior»] es una verdadera intimidad, que para ser auténtica debe tener su «centro», y este centro está «fuera» de nosotros, es *la intimidad misma* de Cristo. ¡Es el castillo interior de Cristo!» (G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo...*, a.c., 276).

<sup>112</sup> G. M. ZANGHÍ, *Il castello esteriore*, a.c., 376.

<sup>113</sup> G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo...*, a.c., 270. Las dos citas que el autor hace de San Juan de la Cruz corresponden, respectivamente, a: *Cántico Espiritual B*, 12,8 y 32,6.

A propósito de lo expuesto en este último párrafo, pero también en general en toda la argumentación de Zanghí, podemos encontrar una cierta concordancia con las siguientes palabras extraídas del reciente discurso pronunciado en la Feria de Verona el 19 de octubre de 2006 por el Papa Benedicto XVI ante la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana:

«En la última Cena [Cristo] anticipó y aceptó por amor su propia muerte en la cruz, transformándola de este modo en entrega de sí, en el don que nos da la vida, nos libera y nos salva.

Así pues, su resurrección fue como una explosión de luz, una explosión de amor que rompió las cadenas del pecado y de la muerte. Su resurrección inauguró una nueva dimensión de la vida y de la realidad, de la que brota un mundo nuevo, que penetra continuamente en nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí.

Todo esto acontece en concreto a través de la vida y el testimonio de la Iglesia. Más aún, la Iglesia misma constituye la primicia de esa transformación, que es obra de Dios y no nuestra. Llega a nosotros mediante la fe y el sacramento del bautismo, que es realmente muerte y resurrección, un nuevo nacimiento, transformación en una vida nueva. Es lo que dice san Pablo en la carta a los Gálatas: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Así, a través del bautismo, ha cambiado mi identidad esencial y yo sigo existiendo sólo en este cambio. Mi yo desaparece y se inserta en un nuevo sujeto más grande, en el que mi yo está presente de nuevo, pero transformado, purificado, “abierto” mediante la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia.

“De este modo llegamos a ser uno en Cristo” (Ga 3, 28), un único sujeto nuevo, y nuestro yo es liberado de su aislamiento. “Yo, pero ya no yo”: ésta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el bautismo, la fórmula de la resurrección dentro del tiempo, la fórmula de la “novedad” cristiana llamada a transformar el mundo»<sup>114</sup>.

Como podemos ver, en este caso el Papa atribuye al sacramento del Bautismo, como fruto de la muerte y resurrección de Cristo, efectos prácticamente idénticos a los que Zanghí menciona en su interpretación de lo que acontece a quienes viven en el «Castillo exterior»: transformación en una vida nueva, desaparición del yo y su inserción en un nuevo sujeto más grande, inserción en el otro, nuevo espacio de existencia... También

---

<sup>114</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos, sacerdotes y fieles laicos participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana*: [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/spee-ches/2006/october/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20061019\\_convegno-verona\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/spee-ches/2006/october/documents/hf_ben-xvi_spe_20061019_convegno-verona_sp.html).

Zanghí considera este aspecto sacramental<sup>115</sup>. La diferencia reside, según mi punto de vista, por un lado en el aspecto «experiencial» que de esta realidad hacen quienes viven según la espiritualidad de la unidad «construyendo el Castillo exterior»: es algo que se deja «sentir». Y, por otro lado, precisamente en el aspecto «colectivo» de dicha experiencia<sup>116</sup>. No es un individuo aislado quien la realiza, es imposible; es preciso que al menos sean dos quienes realicen esta experiencia comunional (cf. Mt 18,20).

Aunque quizás haya una diferencia más. Zanghí apunta la posibilidad de que una experiencia así pueda ser realizada incluso por personas sin fe, con tal que no teman el sufrimiento: «Si no se teme al sufrimiento, esta realidad, inscrita en lo profundo de nuestra vocación [de cristianos], puede ser “presentada” y en cierto modo experimentada, aunque sea tímida y oscuramente, incluso en la ausencia de fe»<sup>117</sup>.

---

<sup>115</sup> Cf. G. M. ZANGHÍ, *Quale uomo...*, a.c., 273 (en concreto la nota 50, por lo que se refiere al Bautismo) y 274 (para el sacramento de la Eucaristía).

<sup>116</sup> «El último término del instasis, tal como lo atestigua la mística hindú del advaita, es la superación de toda alteridad. El último término del éxtasis es la afirmación de la alteridad. El Uno del instasis es el sin-diferencia: inexpresable e indecible. El Uno del éxtasis es la comunión, la *pericoresis*: decible precisamente porque es alteridad, y experimentable porque es comunión» (Id., 274, nota 51).

<sup>117</sup> Id. (nota 52).